

Crítica y ambición intelectual en la obra de Manuel Ardit¹

JESÚS MILLÁN

El fallecimiento de Manuel Ardit Lucas (Valencia, 1941-2013) ha cerrado una trayectoria de casi medio siglo, situada en la brecha de la ampliación del conocimiento histórico. En este juicio pesa mucho más su capacidad para llevar a cabo una aportación siempre significativa que la, sin duda, prolongada continuidad de su producción. No ha sido por su labor investigadora especialmente fértil –como reconocidamente lo fue–, sino por el crucial valor de su trabajo por lo que su pérdida resulta la de un pionero poco frecuente, la de alguien que contribuyó a inaugurar una época distinta de la historiografía valenciana y, hasta el final, ha sido un protagonista pleno de la exploración de campos diversos, siempre con el propósito esforzado de ir más allá. Poco más de un año después de haberse jubilado como Profesor Titular de Historia Moderna –escalafón que no da idea de la influencia y entidad de su obra–, los trabajos que deja en curso atestiguan esta ambición. Sobre su mesa quedan el proyecto de editar las cartas de po-



Recepción: 2014-01-27 • Revisión: 2014-01-29 • Aceptación: 2014-01-29

Jesús Millán García-Varela es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat de València. Dirección para correspondencia: Departament d'Història Contemporània. Universitat de València. Avda. Blasco Ibáñez, 28. E-46010 Valencia. España. C. e.: jmillan@uv.esu

1. Agradezco las informaciones de Margarita Dolado, viuda de M. Ardit. Una exposición amplia de la trayectoria y de las obras de Ardit, elaborada por el Prof. Telesforo M. Hernández Sempere, en www.uv.es/geohdocs/Laudatio%20Ardit-definitiva.pdf. (enero de 2014).

blación del País Valenciano, el estudio de la fortuna y las actividades de la familia Bertrán de Lis –tan importante en la construcción del orden liberal del siglo XIX– y un artículo, pendiente de revisión definitiva, que compara la crisis del siglo XVII en el País Valenciano y Cataluña.

Ese carácter sistemático y la problemática fundamental que abordaban sus trabajos fueron definitorios desde sus inicios como historiador. Tras un primer contacto con la actividad de los diputados valencianos en las Cortes de Cádiz, por sugerencia de Joan Fuster, Manuel Ardit se doctoró en 1974, mientras trabajaba en institutos de enseñanza media, con una tesis sobre la irrupción del liberalismo y la revuelta rural en el País Valenciano. Algo después, ese trabajo, que había iniciado bajo la dirección de Joan Reglà, dio lugar, con el apoyo de Josep Fontana, al libro *Revolución liberal y revuelta campesina. Un ensayo sobre la desintegración del régimen feudal en el País Valenciano (1789-1840)*. La obra, que destaca tanto por su ambición y solidez como por las incómodas circunstancias en que fue realizada, se convirtió en una referencia inexcusable y no solo dentro de su ámbito territorial. Era un estudio que, de modo poco frecuente antes y después, estudiaba el conjunto del territorio valenciano, de Orihuela a Vinaroz, y enlazaba el análisis de las estructuras sociales con el rumbo de los conflictos y la política, durante un periodo plagado de coyunturas y no fácil de reconstruir. Al elegir esa época y ese alcance global, Ardit enfocaba con afán explicativo el ocaso del Antiguo Régimen y el nacimiento de nuestro mundo contemporáneo. Lo hacía en un tiempo, como era el final del franquismo, que reclamaba respuestas sobre la dramática historia española del siglo XX. Un estudio regional de tal alcance era infrecuente en la historiografía española y eso hizo del libro un trabajo pionero en múltiples sentidos. Sobre la base de un sostenido estudio empírico, que iba de lo estadístico a lo narrativo, su obra iluminaba una hipótesis sobre los procesos generales en el conjunto de España. El Ardit de entonces argumentaba en sintonía con lo expuesto por Fontana en *Cambio económico y actitudes políticas*, la influyente colección de ensayos reeditada durante diez años a partir de 1973: la crisis de un involutivo sistema feudal motivó una desatendida revuelta *campesina*, frustrada finalmente por el repliegue conservador de una burguesía conciliadora con los intereses aristocráticos. Esta hipótesis –que Ardit apenas expresaba en un pasaje de su trabajo– se correspondía con las denuncias de los diputados valencianos en Cádiz y con la perspectiva –influida por el *regeneracionismo* y los modelos de un marxismo estructural– que durante la segunda mitad del siglo XX detectaba una *modernización* no alcanzada por la sociedad valenciana, al igual que por buena parte de España. Las motivaciones prioritarias de la última fase de la dictadura llevaban a insistir en el peso opresivo de las estructuras, la frustración de las aspiraciones sociales del pasado o la concepción tendencialmente dicotómica de los protagonistas colectivos.

Aquella aportación fundamental fue, con todo, solo un paso en la trayectoria de Ardit como investigador. De inmediato se decidió por vías distintas de las seguidas por otros, que permanecieron encallados en la aureola crítica que un día tuvieron unos planteamientos abiertos y progresivamente obsoletos. Como haría por sistema, Ardit vio en su brillante trabajo los flancos menos satisfactorios y no estuvo dispuesto a minimizarlos en favor de la evidente valía de otros logros, ni de la supuesta oportunidad de ciertas lecturas sociales. Así –desde fuera de una universidad a la que no se incorporó definitivamente, tras varios intentos, hasta 1987–, planteó de modo radical un ambicioso programa para conocer la dinámica de la sociedad valenciana posterior a la conquista y contrastar una importante serie de tópicos, que se mantenían al amparo de la aparente coherencia explicativa que brindaban. Si sus investigaciones de la década de 1970 habían sido fundamentales, más importancia tuvo que su autor las convirtiera en el impulso para un sólido programa de investigación que le llevó a asentar un nuevo horizonte historiográfico. Con su amplio estudio sobre el marquesado de Llombai, apoyado en la reconstrucción y el análisis original de tantas dimensiones –de la demografía a la conflictividad, de la Edad Media al siglo XIX–, Ardit pudo presentar otra visión de esa dinámica histórica, capaz ahora de reemplazar el mito esquemático del «atraso» y la «dura carga señorial» por los complejos mecanismos de la innovación agraria y las diversas formas de polarización social, acompañados de una visión ni épica ni maniquea de las clases dominadas. Aprender de la historia significaba, por tanto, interrogarse sinceramente por sus manifestaciones menos esperadas y tratar de situar las respuestas a la altura de ese reto intelectual².

En este tránsito hacia el nuevo panorama de la investigación, Ardit destacó por varias facetas. Una de ellas fue su contacto con los avances de la investigación en otras historiografías, que en gran medida contribuyó a divulgar por medio de su tarea editorial, tanto en la Universitat de València como en la revista *Afers*. Pero, por otra parte, su excepcional vocación investigadora no tenía nada que ver con el ensimismamiento en un campo concreto, sino que se vinculaba a la necesidad de proponer nuevas síntesis de forma actualizada. Sus trabajos sobre la historia agraria y social del País Valenciano y de los territorios de lengua catalana, de España y Europa occidental en la Edad Moderna son buena muestra de ello. Por último, Ardit representó una forma especial de hacer las cosas, en la que destacaba su intensa capacidad de trabajo. Este fue un rasgo que le acompañó desde cuando, procedente de una familia acomodada pero sin vínculos especiales con el mundo

2. Su amplio estudio *Creixement econòmic i conflicte social. La foia de Llombai entre els segles XIII i XIX*. Catarroja-Barcelona, *Afers*, 2004, había sido precedido por su actualizado planteamiento general de *Els homes i la terra del País Valencià (segles XVI-XVIII)*. Barcelona, Curial, 1993.

3. Manuel Ardit, «Pròleg» a Tomàs Peris Albentosa, *Les jerarquies socials*, vol. III de *Història de la Ribera. De vespres de les Germanies fins a la crisi de l'antic règim (segles XVI-XVIII)*. Alzira, Bromera, 2002, pp. 13-20.

intelectual, fue capaz de simular el bachiller de ciencias con el de letras, matricularse en la universidad aún con dieciséis años y obtener precozmente una cátedra de instituto, tras haber destacado en las facultades de Derecho y Filosofía. Pero nos equivocáramos mucho si lo redujéramos todo a laboriosidad. En uno de sus textos «menores» he creído hallar el sesgo orientador que hizo especialmente fértil su trabajo³. En él, Ardit se destacaba de la engañosa *captatio benevolentiae* que pretende simplificar los problemas históricos o subordinar su entidad a la lógica de un cierto proyecto colectivo. El investigador fallecido insistía en reclamar el carácter imprescindible del contraste de argumentos –incluso, escribía, «el diálogo cerrado entre especialistas»– para evitar la parálisis o, se podría añadir, la fragmentación en círculos autocomplacientes. A la vez, decía, la investigación debe transformarse en relato argumentado y canalizarse periódicamente en la divulgación.

Las cualidades personales que sostenían su labor –su prioritaria disposición a aprender, su sensibilidad hacia los propios pasos menos satisfactorios y la indiferencia hacia la propia imagen, su capacidad para enlazar con promociones más recientes– acababan por definir a un investigador incansable, a un valenciano comprometido y autocrítico que naturalmente tendía, como alguna vez se observó, a los modales del *gentleman*. Su trayectoria es, por tanto, un importante valor añadido en nuestro mundo intelectual. Por eso, el reconocimiento hacia su ejemplo pocas veces puede ser más auténtico y más necesario.